

José Donoso en la memoria

Esther Edwards

La frágil figura del amigo prematuramente envejecido aparece bajo los árboles espesos de las calles de Providencia, caminando cansinamente, siempre con mirada afable. Hay tramos por donde se deja ver más a menudo, ronda por las cuadras esas que rodean la manzana en donde estuvo su casa familiar de la Avenida Holanda, o las veredas de la Avenida Lyon, vecina a la última dirección que tuvo desde su regreso de España a principios de los 80. Ya le he tomado miedo a algunos lugares, porque voy distraída, disfrutando de los aromas de los jardines, escuchando el crepitar del riego bajo los macizos de rosas, pensando en esto o lo otro y de pronto...a veces solo, a veces con Pilar, con o sin perro, se presenta su figura barbuda, anteojuda, de tranco inseguro. Debo poner las dos manos sobre el corazón porque el golpeo es feroz hasta despertar a la realidad, no, no es él, no es nadie, ellos ya no están. Quedamos nosotros, recordando. Recordar es el pasado sin remisión, es la desesperanza, como escribió él mismo, la verdadera orfandad.

Necesitamos una explicación donosiana para el acontecer del día a día, o su guía: no hubo consejero más sensato y a la vez más irracional sobre asuntos graves o intrascendentes. Al morir Pepe se nos acabó la posibilidad de repasar episodios de infancia y juventud en la mesa de un café, él nada más podía describir con tanto detalle a esa tía medio descocada de quien se enamoró a los nueve años. Ya no quedan aficionados a comentar a los demás, para bien o para mal, siempre desde un punto de vista completamente original, único e irreproducible. Se llevó con él la receta, no hay por ahí otro ser tan insoportable y tan digno de ser querido.

Nadie –lo comprendimos a posteriori, cuando la situación no tenía posibilidad de enmienda– ocultaba con tanto valor la gravedad de sus males. Sabía confundir a la gente, se hacía el comatoso cuando ya estaba sano y preparándose a partir de viaje. Entonces, entre el hombre pálido-pálido en la cama de hospital y el animoso barbudo que trepa-

ba al avión con sonrisa divertida, los amigos no sabíamos a quién tomar en serio. Esas actitudes erosionaban su credibilidad: no confiábamos en su permanente visiteo a las clínicas. Es un mañoso, pensábamos. Nos engaña siempre. Me gusta saber que sufren por mí, que me quieren, me dijo un día con cara de palo.

Cuánto cuesta vivir con un genio, decía Pilar, con la mirada en lo alto. Ella lo consideró tal desde el momento en que le echó el ojo en un bautizo en Buenos Aires y a poco andar comenzó a llamarlo «el maestro» sin la mínima ironía; y permaneció definitivamente casada adoptando el nombre Donoso cuando publicó su primer libro, con título nerudiano: *Nosotros, los de entonces*. Campeona del feminismo, a la hora de la verdad no tuvo el menor empacho en usar el apellido del marido en Chile, país en donde las mujeres prescinden de él con gran soltura, para sacarlo a circulación sólo en documentos legales. Ella lo hizo al revés, y Pepe encantado. Fue un gran celebrador de la obra de su mujer y de sus ojos, de su figura estatuaria, de su sentido del humor y de sus excentricidades.

A él le salió difícil ser joven y ser querido, ser aceptado como era, tal cual. Tenía dos hermanos altos, fornidos, de linda estampa, exitosos con las niñas, deportistas y seguros de sí mismos. Eso contribuyó a complicar su adolescencia, a hacerlo sentir un bueno-para-nada, aficionado a enterrar la nariz en un libro desde primera hora y sumergirse así en una vida distinta, una otredad que lo alejaba de los demás. No se llevaba muy bien con sus contemporáneos, casi no había lectores entre los muchachos de su entorno: eran medio abrutados, aficionados al baile y a las rubias, a los veraneos en balnearios de moda o en el campo, a robarle el automóvil al papá cuando se podía. En general se trataba de tipos satisfechos, sin sentimientos de ira contenida hacia los progenitores. No era ese su caso, lo mortificaban mucho las indagaciones de su padre, siempre averiguando qué hacía Pepe, por dónde se perdía en horario de clases...

La verdad, detestaba el colegio, cualquiera que fuera –y asistió a varios–. Era un ave sin rumbo que se desplazaba por las aulas con bastante indiferencia, y ello se reflejaba en sus calificaciones. Comentaba poco con sus amigos su vagancia escolar, los días de cimarra en la Biblioteca Nacional disfrutando de libros «prohibidos». De tanto verlo en las grandes y heladas salas de lectura, un famoso bibliotecario entró en conversación con el adolescente: Pepe, para justificar su presencia allí, en vez de estar en el colegio, declaró su intención de hacer un

árbol genealógico de los Donoso, originarios de Talca. Feliz coincidencia, el buen señor llevaba el mismo apellido y dedicó mucha atención a las investigaciones del jovencito. Más de cincuenta años después esos estudios que parecían inconducentes, le sirvieron bien cuando escribió *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*.

Ya pasados los dieciséis conoció a un par de muchachos literatosos, versificadores y curiosos de la vida. A partir de ese momento empezó a sentirse más acompañado, a frecuentar menos ciertos barrios abandonados en donde se dedicaba a espiar mendigos... Con ellos podía hablar de libros, le presentaron señoritas bien que lo convidaban a comer a sus casas y le pagaban la entrada al cine por el solo placer de escucharlo opinar. A ese grupo especial declaró su verdad: quería ser escritor cuando grande y lo tomaron en serio. El que no consideró esos planes fue el papá, siempre conminándolo a trabajar, como todo el mundo.

La mamá, Tití, no exigía nada. Creo que se divertía bastante conversando con Pepe. Por lo demás, la mantenía muy ocupada su madre, la vieja señora vivía con los Donoso y tenía «la cabeza mala», contingencia que afligía –y todavía, a pesar de los tranquilizantes y antidepresivos, aflige a la mayoría de los ancianos en Chile–. La abuela creaba problemas y Pepe tenía perfecta conciencia de las complicaciones familiares originadas en la senectud de uno de sus miembros.

En todo caso, se armó un ambiente de incompreensión hacia las ambiciones del muchacho. Había entre los primos de Tití dos literatos: los hermanos Álvaro y Flora Yañez; pero ambos pertenecían a la rama «ricachona» de la familia, de modo que hacían lo que querían. En esos años el concepto de «escritor profesional» no existía. Se publicaban libros, algunos muy celebrados, escritos por respetables señores y señoras. Ellas tenían quien les pagara las cuentas y ellos se ganaban la vida honradamente, es decir, pasaban la semana metidos en una oficina o dirigiendo las faenas de un campo. Los domingos se dedicaban a la literatura, con la excepción de alguno, prisionero en la redacción de un diario, que le daba a la máquina de escribir a horario completo. La primera obligación de un chileno decente era estudiar para ser alguien... o trabajar duro. Para cumplir con ese precepto Pepe se embarcó a Punta Arenas en un barco de décima y se convirtió en pastor de ovejas con pésimo resultado.

Las ovejas no podían interesarle menos, ni miraba al rebaño a su cuidado: leía a Proust y también –nada que ver con lo anterior– a un

uruguayo llamado Enrique Amorim, autor de un cuento sobre un grupo de prostitutas llevadas por las pampas en una carreta. La idea lo fascinó, la elaboró y, echando mano de la intertextualidad que ha servido a tantos, la convirtió en su cuento *El dinamarqués*. Esa imagen, esa carreta, esas mujeres, esa dueña de burdel a campo traviesa *como una Santa Teresa diabólica* se adueñó de su fantasía, lo rondó, se le quedó pegada. Mucho después internalizaría esa figura queriendo asumirla como su propia bisabuela en sus *Memorias de mi tribu*. Antes de que el libro entrara en la imprenta, uno de los parientes tuvo acceso al original: enterada de su contenido, la horrorizada familia amenazó con todo, desde cárcel hasta disparos; y entre los amigos nadie entendía el por qué de ese alboroto, no se sabía que la supuesta antepasada había surgido allá, al sur del Sur, de las páginas del uruguayo Amorim, entre los vientos huracanados de Magallanes.

Pepe alcanzó a ahorrar algo como ovejero y «a dedo» o en tercera clase de ferrocarril llegó a Buenos Aires, la meta de su vida. Escribía en donde podía y como siempre, perseveraba en el vicio de leer. Además, recogía en la oreja los acentos porteños, la manera de decir, que él llamaría *la superficie verbal* en lugar de referirse al *idiolecto* del que hablamos los demás.

Las cosas iban más o menos bien en Buenos Aires, parece. Ganaba unos pesos –pocos– en trabajos esporádicos como mesero, por ejemplo. Se habría quedado allí de buen grado a no ser por una peste agarrada a deshora, alfombrilla, escarlatina o algo parecido. En medio del fiebrón avisó a casa y el doctor Donoso voló a Buenos Aires a buscarlo y traerlo de regreso a Santiago, diciendo «así termina la primera salida de Don Quijote».

Quizá esas experiencias hicieron comprender al viajero que la vida de vagancias no llevaría a la literatura. Se presentó a dar bachillerato, aprobó sus exámenes y quedó listo para ingresar en la facultad de pedagogía, a falta de una facultad de letras. Soportó tres años la disciplina universitaria, conviviendo con *gente raída, desconocida, a veces hambrienta*. Se llevaba mejor con los profesores, quienes detectaron en él cualidades intelectuales superiores y respetables; pero no le hacía ilusión recibir un título profesional y permanecer para siempre en Santiago –*esto es una isla ¿no?*– quería irse a cualquier otro lugar, a Buenos Aires, por supuesto, o a Inglaterra, hasta Estados Unidos le parecía más deseable que soportar el mundo cerrado de su ciudad natal.